

62

Historia de un
mundo feliz:
cinco hipótesis
de trabajo para
el estudio de Las
Humanidades
Francisco José Ramos

RESUMEN

EL SIGUIENTE ESCRITO EXPLORA LAS CONDICIONES HISTÓRICAS, políticas y filosóficas que han conducido a la actual civilización mundial. Se plantean una serie de hipótesis para intentar explicar lo que podría llamarse el envilecimiento de la cultura, es decir, de las acciones humanas, en nombre de la democracia y de la libertad. Se afirma que la democracia moderna ha fracasado, y se analizan las razones de dicho fracaso. Se apuesta al porvenir en nombre de una recuperación de la vida del pensamiento, y no de una espera redentora.

Palabras claves: Utopía, civilización mundial, modernidad, anorexia intelectual.

Milenio, Vol. 11, 2007

ISSN 1532-8562

HAY EN EL PSIQUISMO HUMANO una fuerte vocación de autoengaño. Es una vocación ancestral que nos remite no sólo a la antigua noción de *māyā*, y al concepto budista de *samkara* en la India; o a Platón y su célebre mito de la caverna, o sino a la propia estructura del cerebro humano. Pero lo novedoso de nuestra época es que se nos ofrece, a escala planetaria, la versión uniforme de una narrativa, cuya fórmula para ser feliz consiste simplemente en estar a la disposición de cualquiera en cualquier parte del mundo, para hacer de aquella vocación de autoengaño el fundamento mismo de la realidad. Con esto se estaría llevando hasta las últimas consecuencias esa "capacidad perpetua para ser bien engañado" con la que Jonathan Swift define, precisamente, el concepto de felicidad.

La felicidad ha sido uno de los baluartes del mundo moderno. Como es bien sabido, "la búsqueda de la felicidad" es uno de los pilares de la Declaración de Independencia y de la Constitución de los EE.UU. Esto no siempre fue así. Si entendemos la felicidad como plenitud de vida, tanto material como intelectual o espiritual, casi todas las culturas antiguas, con algunas importantes excepciones, reservaban la felicidad a sus deidades, a la esfera mítica o, en todo caso, a los sabios y a los filósofos, gracias a la proximidad de la que disfruta la vida del pensamiento (*bíos theoreticós*) con el ámbito de lo sobrehumano. De hecho, en griego antiguo, la palabra que corresponde

a “felicidad” es *eudaimonía*, que significa algo así como estar en la alegre compañía (*eu*) de lo divino (*daimon*). Examinemos este asunto del “mundo feliz” a partir de una serie de hipótesis que expondré sobre la marcha.

He aquí la primera hipótesis: (1) *Vivimos en la actualidad de esta primera civilización mundial el colapso moral, político e institucional de los ideales de cultura con los que la Europa del siglo XVIII se propuso realizar el proyecto de la Modernidad*. El colapso de dicho proyecto contrasta enormemente con el optimismo mágico con el que el liderato político de los países del mundo, sea cual sea su orientación ideológica, insisten en sus programas de gobierno. Basta de nuevo con contrastar el susodicho optimismo con la fuerza y el abolengo de las siguientes palabras del filósofo Georg W. F. Hegel en su *Filosofía de la historia*, citadas por Friederich Engels (*Del socialismo utópico al socialismo científico*): “Era, pues, una espléndida aurora. Todos los seres pensantes celebraron esta nueva época. Una sublime emoción reinaba en aquella época, un entusiasmo del espíritu estremecía al mundo, como si por primera vez se lograra la reconciliación del mundo con la divinidad.”

Se refiere Hegel a la Revolución francesa cuyos lemas de libertad, igualdad y fraternidad diseñaron el horizonte de la democracia moderna. Llamo la atención sobre una expresión clave, “entusiasmo de espíritu” (*Geistschwung*), y propongo la segunda hipótesis (2): *A la largo del siglo XX hemos sido los testigos del fracaso de la democracia moderna, tanto en su conquista burguesa como en la vertiente esperanzadora de una democracia popular, proletaria o socialista*.

La tradición de las luchas democráticas, que nos remite, al menos en Occidente, a la antigua Grecia, ha quedado diluida en unas estructuras de poder cuyo reclamo de libertad, igualdad y fraternidad no ha sido más que la fachada para legitimar diversos modelos de organización social que han sacado a relucir el carácter ilusorio del noble optimismo hegeliano y la vulgar grandilocuencia del actual optimismo angloamericano.

Lo anterior no significa renegar del legado las luchas; ni, menos aun, proponer un retorno a los regímenes autoritarios. La experiencia histórica, en todas sus múltiples connotaciones (y que no debe confundirse, sin más con la Historia entendida como teoría y discurso que intenta recoger y analizar dicha experiencia) está inscrita en nuestros cuerpos, en nuestro pensamiento y en la extraordinaria complejidad del fenómeno del lenguaje, resultando, por lo tanto, en lo que realmente significa la *tradición*. El poeta T. S. Elliot nos recuerda que la tradición no es *aquello que se hereda sino lo que se obtiene con un gran esfuerzo*. Un esfuerzo que implica, por lo tanto, una apropiación y actualización de la energía o fuerza vital del pensamiento.

Si la Ilustración es “la salida de la condición humana de la auto-responsable minoría de edad”, que es como la entiende Kant, entonces resulta evidente que al correr de los siglos dicha emancipación, lejos de lograrse, ha

supuesto, no ya un progreso, sino un regreso a la infantilización, es decir, a la demanda de *tutelaje*, de autoridad e, incluso, de despotismo. Se impone así de nuevo lo que ya en el siglo XVI La Boetie llamó *la servidumbre voluntaria*. Por esta razón, y pensándolo mejor, en vez de “fracaso” quizá convenga hablar del sepelio de la democracia. Y si nos preguntaran qué decir entonces de los actuales “países democráticos”, la respuesta ha de ser que ellos son sin saberlo sus sepultureros. Conste que al decir esto, no pienso en ideales defraudados sino en duras y secas realidades. El “triunfo” del “capitalismo” sobre el “comunismo” es más bien el colapso de uno de los dos polos sobre los que se ha levantado una misma civilización económica. Esto explica la aparente paradoja de que un país “comunista” como China sea ahora el gestor de una renovación sin precedentes del capitalismo de Estado.

Entrado el siglo XXI, todo sucede como si las terribles y masivas cuotas de dolor que distinguieron al siglo anterior no hubiesen tenido lugar. Es como si agotado en tanto que ideal, y sostenido a toda costa en tanto que *semblante*, la modernidad, para decirlo con las palabras del filósofo Martin Heidegger, ya no tuviese “futuro”.

Reconocer lo anterior implica volver a *pensar* todo aquello que hizo posible el desencanto con las expectativas de emancipación social y políticas; pero, ante todo, supone *meditar* - y no ya sólo pensar o reflexionar - el profundo y complejo concepto de “ley”, en tanto que confluencia de los límites y las formas más elementales de convivencia. Pero al decir esto, salta a la vista que lo que está en juego es la ética entendida como arte del bien vivir, y no ya de la “buena vida”. Como sostiene Nietzsche, de lo que se trata es de concebir “una nueva forma de vida”, y no de fundar “una nueva fe”.

A tono con lo anterior, nos interesa destacar de la novela de Aldous Huxley, *Brave New World*, la interesante reflexión del texto que sirve de epígrafe a la obra. Su autor es el pensador ruso Nicolas Berdiaeff. Se publica en francés y la traducimos así: “Las utopías aparecen hoy más realizables de lo que se hubo podido creer. Nosotros nos encontramos actualmente ante una pregunta por otra parte angustiante: ¿cómo evitar su realización definitiva...? Las utopías son, en efecto, realizables. La vida se dirige hacia las utopías. Y puede ser que un nuevo siglo se aproxime, un siglo en el que los intelectuales y las clases cultivadas vuelvan a descubrir los medios para evitar las utopías y poder así volver a una sociedad no utópica, menos ‘perfecta’ y más libre.”

Para dar a entender el interés que tiene para nosotros esta reflexión, formulo la tercera hipótesis: (3) *El capitalismo puede entenderse como la realización perversa de los ideales utópicos de la Modernidad; y con la desviación programática de un proyecto político a duras penas esbozado en el transcurso de la Antigüedad.*

“Perverso” tiene, de entrada, un sentido literal: desviación del camino, fin o meta iniciada. Pero, también tiene un sentido político, pues si las utopías

son realizables, como reclama Berdiaeff, ellas adquieren un lugar, tienen una presencia, con lo cual dejan de ser *ipso facto* utópicas. Esta paradoja se disuelve si se distingue entre el concepto filosófico de utopía y el anhelo utópico de los ideales o el utopismo. Lo primero tiene una antigua y respetable historia que se expone al cuestionamiento y a la refutación. Probablemente el último gran fruto de esta tradición sea *Das Prinzip Hoffnung* de Ernst Bloch; libro admirablemente escrito a lo largo de casi una década, entre 1938 y 1947, como un vivo y desgarrador testimonio de la fuerza indomable del pensamiento en medio de uno de los momentos más dolorosos y terribles de la cultura. Por su parte, el utopismo es inseparable de la ya mencionada vocación de autoengaño del psiquismo.

Para entender el alcance de esta tercera hipótesis hay que precisar lo siguiente. Cuando se afirma que el capitalismo es la realización perversa de los ideales de la Modernidad se está destacando el hecho de que, como consecuencia de la contradicción histórica fundamental entre trabajo y capital que da lugar a la plusvalía, así como de una concepción de la cultura basada exclusivamente en la reproducción infinita, abstracta y especular de la riqueza material, se desencadena un proceso de uniformidad de los estilos de vida y de pensamiento. En este sentido, cabe afirmar que el utopismo capitalista supone la liquidación de facto de la política y la instauración de una dictadura técnico-económico-militar, legitimada por el formalismo democrático, y basada en una única fuente de autoridad y potestad: llegar a formar parte del señorío (o, mejor, de la plutocracia) del Capital.

En definitiva, la lógica del Capital (es decir: del *discurso*, de la *racionalidad* y de la *producción* capitalista), consagrada a raíz del colapso de la Unión Soviética, va de la mano de la liquidación de la cultura. Liquidar es licuar, aguar, reducir a un *promedio* y *abstracción estadística* la intensidad y el deseo de vivir. No es nada casual, por lo tanto, el padecimiento de los más diversificados tipos de anorexia (anorexia significa, justamente, *negación del deseo*), incluyendo lo que podríamos llamar la *anorexia intelectual*. Vivimos en medio de la subordinación de prácticamente todos los aspectos de la cultura a la administración global de la vida y de la muerte por vía exclusiva del interés y cálculo ganancial. De ahí la *apoteosis de la frivolidad*, es decir, de la vistosa pero asaltante falta de compromiso con nada que no sean los atractivos de la simulación: el *look* de una mirada entretenida por los deleites de sus propios extravíos.

La producción, la circulación y el consumo propios del capitalismo cuentan con la *espiral de insatisfacción* inherente a la condición humana. Puesto que a mayor opulencia, mayor insatisfacción; y puesto que a mayor insatisfacción, mayor frustración; y puesto que a mayor frustración, más desesperación, a lo que se nos invita - o mejor dicho: a lo que se nos seduce - es a apostar a la ya mencionada promesa de felicidad que se mantiene en

vilo justamente porque nunca se cumple. No es que no haya alternativas al capitalismo: es que el capitalismo no ofrece alternativas, sino una pasarela interminable de opciones que se nutren de su propia evanescencia y que se perpetúan con los destellos de su deslumbramiento.

Percatémonos de que, como complemento de este “no lugar” que es un “estar en todos los lugares”, el utopismo del Capital se da en el registro puramente alucinatorio y especulativo de la realización o cumplimiento de los deseos, tal como Freud nos enseñara que es la función de los sueños. “Haz tu sueño realidad” es el reiterado imperativo publicitario del marketing.

El *desenfreno del capitalismo*, como ha dicho la educadora Patricia Mally, *no permite posarse sobre nada*. Prevalece así el modelo de los *zombies*: el atolondramiento y la inatención. En este sentido, la lógica del capital lleva hasta sus últimas consecuencias la experiencia del *nihilismo*, es decir, la negación de la vida en nombre de unos valores supuestamente civilizados y superiores, pero que no dejan de oscilar entre el desfallecimiento anímico y la euforia fantasmagórica. No es nada casual que para mitigar los efectos de sus propios estragos psicofísicos, aquella “lógica” cuente con la autoridad de una sociedad regida por una auténtica bacanal de diagnósticos y remedios terapéuticos y de psicofármacos, los cuales están siempre a la orden del día, para todas las edades, aún para las más tempranas.

La razón histórica de lo anterior no es difícil entenderla, si se disponen los oídos para una atenta escucha. El discurso capitalista, al igual que el discurso teológico de la Iglesia en la Edad Media, se presenta como dominante, absorbente e ineludible. Ambos parten de la idea de un orden social inalterable, fundado ya sea en la *naturaleza* creada por Dios, o en el criterio *natural* de adaptación y de sobrevivencia del más apto. (Dicho sea de paso, la pugna entre “creacionistas” y “evolucionistas” en los EE.UU, encuentra en este repunte del “darwinismo social” una interesante convergencia.) Ambos se rigen, respectivamente, por la culpa y la deuda (en alemán hay una sola palabra para significar a las dos: *Schuld*); por la recompensa y el castigo; y por la gratificación y el goce. En términos *estructurales* ambos discursos, el eclesiástico y el capitalista, se legitiman en base al criterio control y avasallamiento. Lo que varía son, por cierto, las condiciones *históricas* que han propiciado sus respectivas hegemonías. En cuanto a los supuestos trascendentes y espirituales, en el caso de la Iglesia o inmanentes y mundanos, en el caso del Capital, no es difícil demostrar cómo ambos se han compenetrados hasta ocupar lo uno la función de lo otro, realizando así una *fusión* exitosa de “bienaventuranza espiritual” y “beneplácito material”. Por todo lo anterior, hoy puede hablarse, como ya sugería Marx, de la “nueva buena” del capitalismo.

Formulo así, a propósito, la cuarta hipótesis: (4) *La democracia ha sido devorada por la lógica del Capital, de tal manera que el capitalismo ha lleva-*

do a cabo lo que nunca pudo realizar la revolución proletaria: la liquidación de la propia cultura burguesa ingénita al capitalismo y su sustitución por una concepción estrictamente mercantil del conocimiento y de los bienes culturales.

Todos y todas somos herederos de la cultura burguesa que empieza a consolidarse en Europa a partir del siglo XVI. El Humanismo, la Reforma Protestante, la Ilustración, el Romanticismo son movimientos culturales inseparables de los valores revolucionarios de la burguesía y del desarrollo político de la sociedad civil y de la cultura de masas a lo largo del siglo XVIII. Es con el diseño institucional, profundamente conflictivo y contradictorio, de las relaciones de poder de esta nueva cultura que Europa logra imponer su modelo de civilización al resto del mundo.

A partir del siglo XIX, y hasta el día de hoy, como lo demuestran los actuales, e imparables, movimientos migratorios, las consecuencias de la expansión europea repercuten en el seno mismo de las sociedades tecnológicamente configuradas, sean europeas, americanas o asiáticas. De la creciente acumulación de capital, así como la producción de nuevas relaciones sociales que penetran incluso la vida privada e íntima de los ciudadanos, se deriva un dramático deterioro y envilecimiento de los valores educativos y de las fuerzas culturales. Si a estos se le añade el detalle fundamental de que los ideales de una nueva cultura humana basados en el espíritu revolucionario de las clases trabajadoras o proletarias con las que se inaugura el siglo XX se verán, en un período de menos de cincuenta años, completamente frustrados con unos niveles de sufrimiento casi inimaginables, entonces resulta evidente que la segunda mitad del pasado siglo asiste a la destrucción de las aspiraciones de la Ilustración.

Dado que el liberalismo, la socialdemocracia, el fascismo y el comunismo, en tanto que formas de organización políticas concebidas para administrar el Estado y las naciones han sucumbido a la infamia y al desprestigio, y dado que en la actualidad la única soberanía incuestionable es la del Capital, se podría vislumbrar el siguiente panorama: de una parte, la experiencia común y heterogénea de las luchas contra toda forma de opresión y control con respecto a los usos y abusos del poder; de otra, el régimen de un modo general de implosión y explotación en todos los registros de la cultura. Y, *entre lo uno y lo otro*, un movimiento apenas discernible de descubrimientos, invenciones y creatividad, que sacan a relucir, por momentos, la vulnerabilidad de las propias estructuras de poder sobre las que se asienta el programa de las nuevas formas de dominación.

Dicho lo anterior, formulo la quinta y última hipótesis: (5) *El fracaso de la democracia no es el fin de las exigencias multitudinarias de democratización; pero sí tiene como referente primordial el colapso del fundamento*

ontológico de la Modernidad y la consecuente sujeción de todas las manifestaciones de la vida a la banalidad sin fin de sus representaciones.

El mundo de hoy es el mundo de la substitución de las tradiciones culturales por un entorno acéfalo o descerebrado en el que lo que cuenta es la visibilidad mediática y la reiteración *ad nauseam* de su misma fascinación hipnótica. De esa manera se reemprende, día a día, un campo indefinido de exclusión en el que lo primero que se excluye es la posibilidad de *pensar* en lo que se ve, de *palpar* lo que se toca, de *atender* a lo que se oye, gusta y huele. El desánimo con el amor, la sabiduría y la vida rebota así con la flojera, indolencia y debilidad de un pensamiento que no *conduce* a nada, ni sirve para otro propósito que no sea el de la perpetuación de la abulia y atolondramiento, es decir, con la crónica de una precipitada *falta de energía*, por más que ésta se disfrace y se empalme con el griterío y la excitación. Contrario a esto, en la medida en que la palabra "educación" todavía signifique algo y sea índice de un *sentido de dirección*, ella no puede desligarse del *deseo* de aprender y del hecho de que para *percatarse* de lo que realmente hay, la única salida es el cultivo de la *potencia* del entendimiento y la *alegría* de vivir. He ahí un tesoro siempre por descubrir. Basta un momento para el *volver a sí* y asomarnos a la entereza de la vida.

Sin embargo, a pesar de todo lo aquí expuesto, o precisamente por ello, es probable que no baste con pensar en términos del "capitalismo". Es necesario tener muy en cuenta aquello de qué manera la lógica del capital, su racionalidad, su emblema, su discurso, pero también su embriaguez y su delirio, han llegado a penetrar las formas de vida hasta borrar su misma presencia, aquello por lo que dicha lógica pasa a ser "natural", y su discurso más que "razonable" (Dicho sea de paso: si el "neoliberalismo" todavía significa algo, no es otra cosa que este volver sobre el legado de Adam Smith y la economía clásica - ¡y hacer *como si* Marx nunca hubiese existido! - para los que el capitalismo no hace otra cosa que responder a los reclamos más espontáneos del deseo humano.) Todo esto ocurre no sólo porque la lógica del Capital ha pasado a definir un "orden mundial" cuya validez se da por contado; ocurre también porque la *borradura*, intrínsecamente ligada a los múltiples medios de *desmemorización*, no hace otra cosa que obedecer a la imperiosa necesidad de *restituir* el semblante, y de querer sostener lo que, a la postre, resulta del todo insostenible: la mueca de la felicidad.

Si el estudio de las Humanidades todavía significa algo, entonces dicho estudio no puede realizarse a espaldas de lo anteriormente planteado. Ya no se trata aquí del abismo entre dos culturas, la científica y tecnológica, por una parte, y la humanística, por otra. De lo que se trata es del *compromiso* con el legado de la vida del pensamiento, sea éste filosófico, artístico o científico. No se puede enseñar a pensar ni a desear. Pero, sí es indispensable crear las condiciones para que el pensar y el deseo generen el entendimiento

de su propia experiencia. Quede claro que este "legado no es aquello que se produce, circula y consume a tono con los intereses del Estado o del Mercado. Se trata, más bien, del legado entendido como un *acto de transmisión*, para valernos de una expresión de la psicoanalista María de los Ángeles Gómez. Un cumplimiento y una actualización de la memoria que es tan firme y contundente como difuso e imperceptible.

NOTAS

Este es el texto revisado, por razón de la presente publicación, de una conferencia leída el 27 de septiembre de 2005, con motivo de la III Jornada José R. Echevarría, en el Recinto de Bayamón de la Universidad de Puerto Rico. Quiero agradecer al Rector, Dr. Andrés Rodríguez Rubio, la invitación que tuvo a bien hacerme para participar en dicha celebración.